

# Caricias en el Holocausto

daniela martinez romar

Image not found.

## Capítulo 1

-Norah vete a leer a otra parte- dijo Sylvia de Von Drachenberg, aquella mujer madura de precioso cabello rojo que peinaba con una trenza caída a un lado, no quería que escuchara las cosas sin sentido que mi padre, el sastre Athos Von Drachenberg, estaba leyendo. Sin embargo él pensaba que sería mejor manernos a Max y a mi al tanto de lo que sucedía en Varsovia.

-¿ Qué pasa mamá?- pregunté con el libro en la mano- ¿ Por qué lloras?

-He dicho que te vayas a otro lugar Norah- insistió.

Caminé hacia el pasillo que llevaba a la cocina y la puerta de atrás, pasando esta había un jardín, donde solía salir a mirar el atardecer, pero en esta ocasión decidí volver.

-Continua leyendo Athos- él sostenía el periódico y comenzó a leer con un hilo de voz.

-Aquí dice que tenemos que usar unos brazaletes al salir de casa- tragó saliva y continuó, yo fruncí el ceño escondida en la cocina.

-¿Un brazalete?- preguntó Vannia.

Vannia Polansky, hermana de mi madre, una chica tierna y alocada de 18 años.

-Déjalo terminar Vannia- le dijo Edna, mi abuela.

-Es un decreto que será valido a partir del mes de diciembre y se aplicará a todos los judíos mayores de 13 años. El brazalete deberá llevarse en el brazo derecho y deberá tener la estrella de David en un fondo de color claro. Este decreto es totalmente obligatorio y los judíos que no lo realicen serán castigados severamente. Atentamente, el gobernador de Varsovia.

-No lo usaré- dijo rotunda Vannia.

-Vannia no empieces- dijo mi madre.

-Nos están marcando Sylvia ¿no lo entiendes? Como si fuéramos unos animales.

-No hay otra manera, no podrás salir de casa sin el brazalete

-¿ Y de dónde se supone que sacaremos esos malditos brazaletes?-

preguntó altiva- no es algo que compres en cualquier lugar.

-Aquí dice que nosotros mismos tendremos que fabricarlos- sentenció mi padre sentada frente a la mesa del comedor.

-Y después que vendra ¿ quitarnos nuestras casas, que nos maten?

-Vamos Vannia, no exageres las cosas- exclamó mi madre.

-No voy a hacer nada de eso Sylvia ¡Olvídalo!- exclamó.

Mi madre se quedó en silencio, un silencio doloroso. Podía notarlo desde donde estaba. ¿ Por qué mi madre y la tía Vannia eran tan diferentes?

Vannia era bastantes astuta y bastante terca, y mi madre no quería darse cuenta de las cosas, porque sabía que su joven hermana tenía razón, los alemanes no venían en son de paz, venían a matarlos solo por ser judíos.

-¡Norah!- gritó mi madre al darse cuenta de que estaba escuchando.

Caminé hasta frente a ella con la vista fija en el suelo.

-¿Qué hacías allí?. preguntó.

-Mamá yo tampoco usaré esa cosa- dije firme.

-Norah tienes que usarlo.

-¡No!- grité rotundamente.

-¡Norah, si!- gritó ella de la misma forma.

-¡No mamá! No entiendo nada de esto- grité y sin decirme nada más dejó que me fuera.

## Capítulo 2

¿ En qué mundo? ¿ En qué mundo se supone que se puede vivir siendo apartados de los demás? Una palabra se había vuelto, en tan solo unos meses, vulgar e innombrable. En los restaurantes y tiendas podían verse carteles pegados a las ventanas donde se prohibía rotundamente la entrada a los judíos y animales.

Los bombardeos se escuchaban con más fuerza e intensidad cada día que pasaba, escuelas, edificios, todo quedaba destruído a su paso. Podía verse perfectamente la crueldad con la que nos trataban y nadie hacía el mínimo intento de ayudarnos.

-¿Qué te pasa?- le preguntó mi madre a Vannia.

Ella estaba poniendo la mesa para la merienda, esperando a que mi padre regresara del trabajo.

-Ya no podré ayudarte con los gastos de la casa, me han echado del trabajo- dijo furiosa.

-¿Por qué?

-¿ Es necesario que te responda?- sentenció aún más furiosa.

En ese momento entró mi padre, traía el ojo morado, una ceja rota de la nariz le caían pequeñas gotas de sangre. Él como si no hubiera pasado nada se quitó el abrigo y se sentó en el sofá grande del salón. Al verlo así me llené de odio.

-¡Por Yahvé, Athos que te ha pasado!- gritó mi madre dando por zanjada la conversación con Vannia.

-Nada Sylvia- contestó él limpiando la sangre que caía de su nariz con el dorso de la mano

-Fueron esos malditos alemanes- aseguró Vannia ya con alcohol y algodón en la mano.

-¿ Eso es cierto Athos? ¿ Fueron los alemanes?- preguntó mi madre mientras curaba la ceja rota de mi padre.

-Dicen que no puedo caminar por la acera como todos los demás- terminó por confesar él.

-Hay una noticia nueva sobre los judíos en el periódico- interrumpí

levantando el periódico.

Vannia me lo quitó de las manos y comenzó a leer, en un pequeño mapa se podía observar un territorio marcado.

-¿Qué es esto?- pregunté señalándolo.

-Es donde van a llevarnos- dijo Vannia con los ojos abiertos de incredulidad.

-¿Llevarnos?- pregunté con la misma expresión.

- Por petición del gobernador de Varsovia los judíos residentes en este territorio serán trasladados a un distrito creado expresamente para ellos. Los judíos que no vivan en el área establecida tendrán que cambiarse a ella antes de la llegada del mes de octubre- leyó Vannia.

-¡No pueden llevarnos!- grité

-Pronto todo Polonia estará limpia de judíos....-dijo Max

-Es la frase más estúpida que he oído en mi vida, por más que Hitler quiera deshacerse de cada uno de nosotros, jamás lo logrará- exclamé con el ceño fruncido.

-¡Norah!- gritó mi madre con severidad.

Con el rostro lleno de incredulidad, ya sentados a la mesa, todos los miembros de la familia se miraban los unos a los otros y el único sonido que se podía escuchar era el de los cubiertos chocando contra los platos. Vannia como era de esperarse rompió el silencio golpeando las manos contra la mesa.

-Así que nadie va a decir nada.

-¿Nada de que?- preguntó mi madre con la cabeza hacia abajo.

-¿Como que nada de que?

-Ya basta Vannia- dijo mi abuelo.

-Papá pero....

-Te recomiendo que solo abras la boca para comer- sentenció.

Vannia movió la cabeza de un lado hacia el otro, se levantó bruscamente

y se detuvo de pié frente a todos.

-No cabe duda de que no hay peor ciego que el que no quiere ver- dijo mientras arrojaba la servilleta a la mesa.

Todos sabíamos perfectamente que iban a matarnos cuando los alemanes tuvieran tiempo pero en realidad nadie quería decirlo en alto.

El día anterior había llegado a casa con la rodilla ensangrentada, me habían tirado una piedra gritándome lo poca cosa que era tan solo por ser judía. Al recordad esa escena me levanté de la mesa y me dirigí hacia la habitación donde estaba Vannia.

-¿Que?- pregunté cuando ella dirigió su mirada a mi.

-Escucha Norah, pase lo que pase, tienes que ser fuerte- fruncí el ceño al no entender sus palabras.

Vannia me había dicho muchas veces que yo crecería y que para ese entonces tenía que ser una señorita fuerte y valiente y ahora todas esas palabras tomaban sentido.

- Norah esto solo acaba de empezar.

- Lo se Vannia.

## Capítulo 3

Mi hermano Max, ese chico de 16 años, terco y callado pero con una gran rabia acumulada había empezado una pelea con Robert Pataky por haberme llamado "basura humana".

-¡Ya Max!- gritaba paralizada e impotente por no poder hacer nada para detenerlo.

-¡No vuelvas a ni siquiera mirar a mi hermana!- le gritó Max una vez que Robert ya estaba en el suelo con la nariz rota.

Max tenía la nariz igual de magullada que Robert y seguía jadeante de cansancio. Después de soltarle la última patada, dejándolo tendido en el suelo, Max tomó mis cosas y tiró de mí para marcharnos a casa.

-No sé por qué papá nos sigue mandando al colegio- dijo Max sin dejar de caminar.

-Tenemos derecho a la educación- le dije con el cuerpo aun temblándome.

- Estamos expuestos a que nos pase eso todos los días Norah.

-Max me estás haciendo daño- sentencié soltándome bruscamente de él.

-Norah tienes que dejar de lamentarte de ti misma, tienes que ser fuerte- dijo dejándome a un lado.

-¿Por qué ser judío es malo?- le dije con la voz llena de rabia.

Max no supo que contestar, volvió a cogerme del brazo y seguimos caminando por las calles. Antes de entrar en casa se quitó la chaqueta y se limpió la sangre de la nariz.

-¿Ya no hay sangre?- preguntó, yo negué con la cabeza.

-¿Por qué habeis tardado tanto?- preguntó mi madre preocupada una vez que entramos en casa.

Se acercó y nos dedicó una caricia a ambos en la mejilla, sin embargo se dutevo frente a Max.

-Max...- susurró mirandolo de cerca.

-¿Que pasa?

-Tu nariz está hinchada

Max y yo bajamos la mirada al suelo, me sentía culpable tanto que ni siquiera podía mirar a mi madre a la cara.

-¿Qué te pasó?

Silencio absoluto.

-¿Norah?- me preguntó ahora a mi, yo con la misma expresión de mi hermano decidí contárselo.

-Hubo una pelea mamá- solté sin pensarlemelo más. Maz me soltó un codazo nada más escucharme.

-Max...-suspiró mi madre con rostro de preocupación.

Sus preciosos ojos color agua amenazaban con soltar un mar de lágrimas, Max al verlo la abrazó con todas sus fuerzas.

-No llores mamá, te prometo que nunca más te daré dolores de cabeza.

-iNo quiero que vuelvas a meterte en problemas! Ya no tienes 10 años para andar partiendote la cara por ahí -le gritó mientras lo sostenía por los brazos apretándolo fuerte.

-iSylvia ya basta!- gritó mi padre con severidad, provocando que mi madre soltara a Max.

Caminé hacia mi habitación incapaz de presenciar aquello ni un minuto más. Allí se encontraba Vannia mirando por la ventana como la casa de nuestros vecinos había sido bombardeada la noche anterior.

-Vannia...- susurré nada mas verla.

- Harry vivía en esa casa- susurró de la misma forma-

Harry era un chico alto, de pelo castaño y de ojos negros, el vecino de la acsa de enfrente.

-No pude hacer nada para salvarlo- dijo mientras seguía de espaldas a mi.

-No era tu deber salvarlo- contesté sin más.

-No, pero se lo prometí. Nos prometimos que nos cuidaríamos, que nada nos pasaría, que siempre estaríamos juntos.

-¿Y por qué prometisteis algo que no sabían si podrían cumplir?- Vannia se giró hacia mi.

-Porque cuando estás enamorada crees poder con todo- contestó.

-¿Lo amabas?- pregunté mientras que mis lágrimas ya habían secado al mirar las de Vannia. Me dedicó una mirada y luego bajó la cabeza después de soltar un largo suspiro.

-Si amar es sentir que... que no puedes respirar cuando no estás con él pues...si, lo amaba. Íbamos a escaparnos antes de que nos llevaran al distrito judío.

-¿Escapar?- pregunté arqueando una ceja.

-¿Que pasa?- preguntó confundida.

-Mi madre cree que soy estúpida, que no se lo que está pasando a nuestro alrededor. Alemania le ha declarado la guerra a Polonia, por lo que esta tiene que responder. Hitler quiere limpiar a toda Europa de judíos, es por eso que van a llevarnos, pero no a un distrito donde viviremos felices ivan a matarnos!- grité lo último.

-Norah yo...- murmuró mientras buscaba en su cabeza que responderme.

-No quiero ser la víctima de unos soldados alemanes.

-¿ De dónde has sacado todas esas tonterías Norah?- gritó mi madre entrando en la habitación soltándome una bofetada.

-¡Sylvia contrólate"-gritó Vannia.

-¿No has escuchado lo que acaba de decir?

-Es la verdad Sylvia.

- No iré a ningún sitio mamá-grité con desesperación.

-Si no obedecemos nos matarán Norah

-No quieres darte cuenta ¿verdad? Van a matarnos de todas formas- dije justo antes de salir de la habitación a ayudar a la abuela Edna a preparar la cena.

## Capítulo 4

Ya me estaba acostumbrando a escuchar conversaciones ajenas ya que encerrada en casa sin poder salir y con el horrible pensamiento de que podríamos estar muertos en cualquier momento me quitaba las ganas de hacer cualquier otra cosa. Escondida tras la columna que había en la cocina escuchaba como mis abuelos discutían, no me preocupaba si no que me producía una gran ternura. Me asomé levemente para escucharlos.

-¡Quiero el divorcio!- dijo mi abuelo, frunció el ceño.

Mi abuelo miraba a mi abuela exigiéndole una y otra vez el divorcio, mientras que de sus ojitos ya viejos salían lágrimas que resbalaban hasta sus arrugados pómulos.

-Ya no te quiero- sentenció.

-¿Pero qué dices?- gritó mi abuela tiernamente frente a él.

El color blanco comenzaba a inundar su cabello rojo, su piel arrugada y blanca, sus ojos azules todo en ella era precioso. Mi abuelo la veía igual de guapa que cuando la conoció hace años.

-Lo que oyes, ya no te quiero y quiero que te marches lejos de mí- siguió el pobre anciano tratando de convencer a su esposa y a él mismo de lo que decía. Realmente no era así, la verdad era que la amaba igual que siempre, quizá un poco más, pero no quería que ella parase por esto, no quería que la guerra la matara.

-Ya entiendo, tu lo que quieres es que me aleje de ti para que no te vea pasar por todo esto. No quieres que te vea llorar cobarde, pero nunca te dejaré porque te amo- sentenció con lágrimas en los ojos.

-Vamos Edna hablo en serio mujer.

-Francis-sentenció la abuela. Se acercó a él y tomó sus mejillas entre sus manos.

-Edna tengo miedo de quedarme solo. No sé vivir sin ti.

Ambos estaban llorando, uno frente al otro. Cubrí mi boca con mi mano para que no se escucharan mis sollozos.

-Siempre has sido un llorón, y es lo que más amo de ti-dijo mi abuela.

-¿Qué pasará cuando alguno de nosotros le falte al otro?- preguntó él.

-Siempre estaré contigo Fracis, siempre y para siempre.

Ambos ancianos se cogieron de las manos y sellaron su pacto con un beso tierno.

## Capítulo 5

Un año. Había pasado un año desde que toda esta situación había comenzado. No nos permitían caminar por las aceras, no nos permitían entrar en restaurantes, no nos permitían usar el transporte público y sobre todo debíamos usar los brazaletes para diferenciarnos de los demás.

Esa mañana me desperté sin mucho ánimo a las seis y media, me di una ducha de agua helada, ya que no teníamos dinero para pagarla y me puse uno de mis vestidos. Cogí mis libros y salí de la habitación para irme a clase.

-Norah- me llamó mi madre sentada en una de las sillas del comedor.

-¿Qué pasa?- me giré para mirarla con una mano en la manilla de la puerta.

-¿No se te olvida algo?- me dijo levantando el brazalete

-No, no me olvidé de él pero no voy a ponermelo- dije y continué con mi camino.

-¿Por qué sigues provocándome Norah?

-No te provooco mamá.

-Sigues yendo a clase mientras me tienes aquí con el corazón en un puño.

-No va a pasarme nada, no sabrán que soy judía si no llevo el brazalete.

-Entonces ve y que Yahvé te proteja- suspiró.

-Mejor que se quede contigo.

Caminé hasta la facultad con la mirada fija en el suelo, todo el mundo me miraba con asco, pues sabían que era una judía, todos conocían a mi padre. Ese simple hecho hacía que la rabia creciera en mi interior.

Geraldine era una chica de mi clase, alta, con un precioso pelo castaño rizado y unos grandes ojos marrones. Vivía como yo la horrible situación judía, su padre era profesor de música y enseñaba a tocar el piano a los chicos del barrio.

-A mi ha tenido que vender el piano- dijo de repente con la mirada

perdida.

-¿De verdad?- dije consternada.

-Si, no es nada nuevo el hecho de que ya nadie quiere recibir clases de un judío.

-Lo siento mucho Geraldine- dije sin saber muy bien como consolarla.

-Hoy es el último día que vengo a clase, quería despedirme de ti.

-Te vas.

-Tenemos solo diez días para mudarnos al distrito judío o nos matarán ¿no viste el periódico Norah?

-Me tengo que ir- dije levantandome con fuerza y saliendo del edificio con rabia.

Sin pensarlo me subí a uno de los autobuses que pasaba cerca de la facultad. Ni siquiera había pensado en que tan solo nos quedaban diez días para recoger todas nuestras cosas y mudarnos al distrito judío. No teníamos nada preparado, ni comida, ni agua, ni ropa, nada. Me volví a bajar unas calles más adelante y seguí caminando con la cabeza fija en el suelo. La inercia hizo que en un momento dado levantara la mirada y los viera. Dos soldados alemanes avanzaban hacia mi. Me temblaron las manos, los pies y estaba segura de que me puse pálida. Seguí caminando como si nada raro pasara, al pasar por su lado uno de ellos me dirigió una mirada sin darme más importancia. Cuando ya creía que no iban a dirigirse a mi uno de ellos llamó mi atención.

-¡Oye tu!

-¿Es a mi?- pregunté irónica girandome para mirarlos, mientras él se acercaba.

-Vaya, mira Kurt otra estúpida queriendose hacer la graciosa- le habló al chico detrás suya y él sonrió.

-¿Qué estás haciendo?- preguntó de nuevo. Su acento alemán era perfectamente reconocible. El otro soldado retiró la sonrisa de su cara y bajó la cabeza.

Las personas a nuestro alrededor que paraban a mirar la escena rapidamente retomaban su camino.

-No se de que me habla- contesté después de examinar a los dos

soldados.

-¿Acabas de bajar del autobús?- preguntó caminando alrededor mía.

-Así es- dije simplemente.

-¿ Dónde está tu brazalete? Porque res judía ¿verdad?

Cuando me lo preguntó mi respiración se aceleró y él se enfadaba más debido a mi silencio.

-Lo perdí- le dije mientras jugaba con los dedos de mis manos.

Me dio la espalda y cuando se volvió a girar me solté una bofetada en mi mejilla derecha provocando que cayera al suelo al instante y que de la comisura de mis labios comenzara a salir sangre.

-¿Por qué coño subes al autobus? ¡No puedes subir imbécil!- gritó cerca de mi rostro.

-Déjame- le dije llena de rabia.

-¿Creías que no iba a darme cuanta de lo que eres, asquerosa judía?

-No

Se alejó de mi unos centímetros, metió la mano en su bolsillo y sacó una pistola negra, me la puso en la frente. Abrí los ojos como platos y mi mandíbula comenzó a temblar.

De repente el otro soldados intervino hablando en alemán. La pistola fue separada de mi frente y simplemente me dio un golpe con ella provocando que ahora también me sangrara la frente.

-Judía estúpida- exclamó y me dio la espalda dejándome ahí tirada.

-Vete- me dijo con frialdad el soldado que me había salvado la vida.

De repente Geraldine se aproximó a mi corriendo. Se agachó delante mía y me agarró fuerte de los hombros. Un mareo me invadió de pronto y mis ojos luchaban por no cerrarse.

-Estoy bien, cálmate-le susurré.

-¡Sois unos hijos de puta!- les gritó y ellos se giraron al instante.

-Geraldine para- le advertí.

Sin pasar ni siquiera dos segundos una bala atravesó su frente cayendo tumbada a mi lado.

-¡No!- grrité al instante de verla caer.

Mis lágrimas caían sin parar mientras que una de mis manos sostenía su cabeza sobre mis piernas. El cielo me avisó de que se avecinaba tormenta y el agua que comenzó a caer del cielo limpió la sangre que había en la acera. Todos miraban pero nadie quiso ayudarme.

## Capítulo 6

Después de la escena que nunca podré olvidar me dirigí a casa donde Vannia curó mi frente sin hacer ni una sola pregunta. Me miré al espejo, me fijé en la herida de mi frente y las lágrimas comenzaron a salir de nuevo. Ese día era el último que pasaba en aquella casa donde había crecido, no quedaba nada de nuestras cosas, nos habían obligado a venderlas todas y salimos solo con una maleta cada uno.

Al salir los soldados alemanes se colocaron en las aceras mientras todos los judíos caminábamos por la carretera hasta el distrito judío donde se había construido un alto muro que nos apartaba del resto del mundo.

Un piso, un baño, dos habitaciones, 7 personas. Sin duda alguna algo inhumano.

Nos encontrábamos bajo control y horario alemán, había un soldado en cada puerta controlando que ningún judío saliera después de las diez de la noche.

Podía ver cada noche como los alemanes lanzaban a niños desde el quinto piso solo para divertirse, sus cabecitas impactaban contra el suelo y su sangre adornaba las calles. Comíamos una vez al día, lo que provocaba que cada vez estuviéramos más débiles. Obviamente no había ni colegios ni universidades ni nada. Lo que sí había era enfermedades por todas partes, un amigo de Max había muerto por comer comida podrida. Era eso o morir de hambre. Al menos murió con algo en el estómago.

Hacía bastante frío, mi padre y Max decidieron que una de las habitaciones sería para los abuelos y la otra para Vannia, mi madre y yo.

El soldado que le disparó a Geraldine era el guardián del edificio de enfrente y el nuestro era el soldado que lo acompañaba aquel día.

Habían pasado ya dos meses desde que habíamos sido trasladados a este infierno. Era de madrugada y estaba intentando dormir cuando de repente se escuchó como un coche paraba enfrente a nuestro edificio. Los disparos contra las paredes se comenzaron a escuchar y los gritos se hicieron presentes en el silencio de la noche.

-¡Arriba venga!- gritaban mientras subían las escaleras.

-Mamá...-susurré mientras la movía suavemente.

Vannia se levantó al escuchar el alboroto, cerró la puerta con llave y

volvió a la cama. Golpearon fuerte hasta que la puerta se abrió.

-¡Levantaros imbéciles!- gritó un alemán fuera de la habitación.

-¿Dónde están todos los demás?- le gritó otro.

-Están en la habitación señor- le contestó mi padre después de que un golpe resonara por toda la habitación.

-¡Llámalos!- gritó.

Mi padre se aproximó a la habitación y nosotros salimos sin oponer resistencia.

-No voy a salir- le susurré a mi madre.

Ella me agarró fuerte del brazo y tiró de mí hacia el salón.

-¡En línea, ya!- ordenó.

Nos pusimos como nos ordenaron mientras aquel imbécil paseaba frente a nosotros. Se detuvo solo para mirar a mis abuelos de arriba a abajo con una sonrisa.

-Viejos estúpidos- sentenció, y se volvió a parar al ver a Vannia.

-Date la vuelta- le ordenó.

-¿Qué?- contestó Vannia confundida.

-¡Que te des la vuelta!- le gritó.

-No- sentenció Vannia.

Al escucharla le soltó un fuerte golpe en la cara provocando que cayera al suelo, yo me puse entre ellos dos.

-¡Déjala!- le grité.

-¿Quieres ponerte en su lugar? ¡Bien!

Rasgó mi blusa y mi sujetador quedó expuesto, me miró de arriba a abajo. Me guió hasta la puerta mientras yo no oponía resistencia.

Cuando llegamos a la calle había diez personas más allí, me obligó a ponerme junto ellas y lo único que nuestros ojos veían era el enorme

muro.

-Quiero que corran hacia el muro, yo me podré detrás vuestra y contaré hasta tres mientras os disparo. El que consiga subir el muro sin que le toque ni un bala sobrevivirá.

-No puedes hacernos esto, somos personas no animales.- dijo el chico que estaba a mi lado.

-Pero si solo es un pequeño juego, judío- contestó él con ironía.

-Pues yo no quiero jugar- contestó serio.

-Bien- dijo él y sin más sacó la pistola y le disparo en medio de su frente. El chico cayó al suelo sin vida boca arriba. Todos comenzaron a gritar.

-i Alguien más que no quiera jugar!- preguntó irónico y sonriente. Nadie dijo nada.

-Hijo de puta- susurré pero no lo suficientemente bajo porque me escuchó.

-iUno!- comenzó a contar.

Mi respiración se aceleró.

-iDos!- gritó de nuevo.

-iWilm!- gritó de repente otra persona. Me giré despacio y ahí estaba él, el soldado que me había salvado el otro día. Comenzaron uan conversación en su idioma, un idioma que detestaba escuchar.

-¿iSe puede saber que coño hacs?!- le gritó por fin algo entendible para nosotros, volví a girar mi cabeza mirando al frente.

-Mi trabajo- contestó neutro.

-Ya veo- dijo caminando hasta pararse enfrente de nosotros, caminó examinándonos a todos de arriba a abajo. Se paró frente a mi y frunció el ceño.

-Ella no- dijo señalandome con la cabeza. Todos se giraron para mirarme.

-¿Por que no?- dijo Wilm.

- Tengo cosas peores pensadas para hacerle- constó sin dejar de

mirarme.

-¿Por que simplemente no la matas Kurt?

-¡Dije que ella no!- gritó.

Me cogió del brazo y me llevó hacia el final de la calle.

-Oye me estás haciendo daño- le repliqué.

-Vete- dijo soltándome.

-¿Por que solo a mi?- pregunté con curiosidad.

-¿Eres sorda? Tengo otras cosas peores prearadas para ti, muerta no me sirves- me cuestionó-

-¿No vas a matarme?- pregunté y él se quedo callado.

-¡Te salvé la vida dos veces! No te basta con eso- susurró

-Yo no te lo pedí-dije con insolencia.

Me miró con los ojos como platos, la respiración agitada y me soltó de nuevo.

-Me debes la vida, por lo menos obedéceme y lárgate- me dijo mientras me daba la espalda para marcharse.

En ese momento las personas que se habían quedado frente al muro comenzaron a correr mientras que ese hijod e puta les disparaba. Ni siquiera llegaba a la mitad del camino cuando las balas atravesaban sus cuerpos. Un hombre consiguió subir al muro pero una bala terminó por atravesarle la nuca también. Wilm se guardó la pistola y se fue del lugar dejando ahí tiradas a todas esas personas inocentes.

## Capítulo 7

Los cuerpos desangrándose y totalmente desfigurados eran alumbrados por la luz nocturna de la calle. Los miré una última vez y subí las escaleras de mi casa. La puerta estaba entreabierta, cuando entré mi madre se abalanzó sobre mi llorando.

-iNorah!

-Tranquila mamá, estoy bien- le dije mientras acariciaba su pelo.

-Pensé que estabas muerta

-Uno de ellos me dejó ir.

Un mes después de aquel suceso cambiamos de año pero seguimos en el mismo infierno. Había visto morir a tanta gente que ya no me sorprendía. El doctor Nourach había muerto por negarse a o obedecer, era el mejor amigo de mi padre y lo injusto era que ni siquiera los enterraban decentemente, simplemente los dejaban pudrirse en cualquiera lugar de a calle.

Esa tarde Vannia y yo regresábamos de hacer unos recados cuando unos hombres de la SS pasaron por nuestro lado y uno de ellos se detuvo.

-iVosotras!- gritó para que paráramos.

-No digas nada- me susurró Vannia.

-¿Por qué no saludas? Soy tu superior- preguntó con voz fuerte y ronca.

-Lo siento señor. Buens días- dijo Vannia bajando la cabeza, este se aproximó y le dio una bofetada con toda la fuerza posible, Vannia cayó al suelo.

Tras soltar una carcajada siguió su camino no sin antes dedicarme una mirada asesina, cuando vi que ya se habían marchado me acerqué para ayudarla.

-Vamos levántate- la ayudé y seguimos nuestro camino.

Me sentía inútil e impotente al permitir que eso pasara pero ¿ qué podía hacer una chico como yo contra ellos? Nos quitaron nuestras casas, nos negaron nuestros derechos y ahora solo éramos de su pertenencia y debíamos obedecerlos docilmente. No podíamos hablar, ni comer ni sonreír sin su permiso, aunque ¿ quien se atrevería a sonreír? Ya habíamos olvidado lo que era una sonrisa, que era ser felices, que ere

jugar, éramos judíos y por lo tanto para ellos éramos un problema que debían eliminar. La mayoría de la gente había perdido ya la esperanza y las ganas de luchar, solo estábamos esperando a que llegara nuestro momento para al fin encontrar algo que veíamos muy lejos. La paz.

## Capítulo 8

Apestaba a sudor, mi pelo estaba sucio y mi ropa gastada, mis ojos cansados y mis dientes amarillos. Eso era lo que veía cada mañana en el espejo roto del baño, habían pasado tres días desde que nos habían cortado el agua y no tardó en notarse. Mi cara y mi cuerpo estaban más delgados, tenía ojeras, los pómulos hundidos, en definitiva, estaba horrible. Mi madre sin embargo, pensaba todo lo contrario, decía que estaba preciosa.

Estaba exhausta, la casa estaba hecha un desastre y mi familia ya no era la de siempre. Mis abuelos se pasaban el día sentados y cogidos de la mano con la mirada perdida, mi padre se sentía el hombre más miserable de todo Polonia, mi madre se pasaba todo el tiempo llorando y Vannia y Max no paraban de quejarse todo el tiempo. En definitiva, una familia que se destruía por momentos.

Nunca antes había tenido tantas ganas de morir como las tenía ahora, quería saltar por la ventana y acabar con todo esto antes de que algún alemán se encargara de acabar con mi vida. Tenía sueño, hambre, sed y rabia.

A veces se me olvidaba mi nombre, a veces se me olvidaba que fui feliz en el pasado, a veces se me olvida que era escribir, que apariencia tenía un lápiz, una libreta. A veces cuando conseguía dormir pensaba que todo esto era un sueño que estaba en mi casa como siempre porque ahora mismo esa no era mi madre, esos no eran mis abuelos, esa no era mi tía, ese no era mi padre, ese chico no era mi hermano y esta no era yo.

-Solo somos una sombra de lo que fuimos- me dije a mi misma mirándome con asco en el espejo.

## Capítulo 9

Viva. Esa palabra lamentablemente significaba que seguías respirando, solo eso y nada más.

Llevaba semanas comiendo solo pan duro y un vaso de agua por día, a veces incluso menos porque solía darle mi ración a mi abuela. No sabía como mis abuelos eran capaces de seguir con esa fuerza después de todo.

-Eres increíble abuela- le dije mientras la miraba, era una mujer preciosa, ojos grandes, labios rojos y una sonrisa que iluminaba aquello que miraba.

Mi abuelo se llamaba Francis Polansky, nació en Varsovia el tres de abril de 1874. Por lo que él me había contado su familia era bastante humilde y aprendió a trabajar desde muy pequeño en las fábricas de tela de la ciudad. En 1891 con un solo pantalón, una camisa vieja y unos zapatos rotos conoció según él " a la chica mas hermosa que jamás había visto".

Mi abuela Edna nació el cinco de agosto de 1875, el padre de la abuela era el dueño de la fábrica donde trabajó mi abuelo durante seis meses, " los más largos y tristes de mi vida" decía él. Pasó ese tiempo rogándole a la chica de sus sueños hasta que accedió, "fue uno de los días más felices de mi vida" gritaba mi abuelo cuando lo contaba. Sin embargo el padre de la abuela no permitía esa relación así que una noche el abuelo escaló por la ventana de la abuela y se la llevó. Se llevó a la chica de sus sueños. Cuando regresaron ya casados sus familias no tuvieron otra opción más que aceptar su matrimonio.

-¡Mi padre decía que nuestro matrimonio no iba a durar!- reía mi abuela.

-¡Pues míranos, un año de novios y cuarenta y nueve de casados!- decía él mientras miraba a Edna.

- Han pasado cincuenta años y aún seguimos juntos, aún la veo igual de preciosa que cuando la conocí.

Yo les sonreí y me incliné para abrazarlos, de pronto mis traidores ojos me hicieron una mala jugada.

- No mi niña no llores- dijo mi abuela secándose las lágrimas.

-Es solo porque es una historia preciosa- contesté

-Tu cielo tendrás una historia igual de preciosa que contarle a tus nietos-

me sonrió mi abuelo.

-Yo creo que no tendré nada bonito que contarle a mis nietos, ni siquiera sé si tendré nietos- sorbí por la nariz.

-Claro que los vas a tener, vas a vivir, la guerra no podrá contigo. ¡No dejes que pueda contigo!- dijo llorando.

-No puedo abuela- le contesté.

-Si que podrás, esto es solo un episodio de tu vida, se quedará atrás y tu seguirás adelante con tu valentía y tu valor.

-No podré sola

-Si no puedes tu ángel te ayudará.

-¿Mi quien?- pregunté con el ceño fruncido.

-Tu ángel.

-Pensé que no creíais en esas cosas abuela.

-No hablo de eso, si no de esa persona que te brindará paz, ayuda y amor. Estoy segura de que lo encontrarás. Tu abuelo fue mi ángel, él me salvó.

-Norah prométenos que pase lo que pase seguirás adelante- habló ahora mi abuelo mirándome a los ojos, asentí y luego me lancé a abrazarlos.

-Sé fuerte mi pequeña- me consoló mi abuela.

Ambos besaron mi frente y mi abuela colocó un mechón de pelo detrás de mi oreja.

## Capítulo 10

-Tengo hambre- protestó Max en la esquina del comedor.

Nunca lo había visto así, siempre fue un chico impoluto, zapatos brillantes, camisa y pantalones planchados, pelo peinado hacia atrás, la cara limpia, siempre perfecto. Ahora lo miraba y era todo lo contrario.

-Como todos Max, no hemos comido en días- dije con tono de reproche.

-¿En serio Norah? ¡No lo había notado!- soltó irónico.

-Vete a la mierda- le grité molesta, levantándome de la mesa.

-Aunque pensándolo bien ¿qué más da morir de hambre o de frío o de lo que sea? Total vamos a morir igual.

-Entonces vete a que esperas- le grité.

-¡Pues eso haré!- gritó también.

-¡Sientate!- le gritó mi padre señalando una silla.

-¡Voy a buscar comida!

-No vas a ningún sitio ¡ya basta joder! Vais a dejar que el hambre acabe con la poca calma de esta familia?- gritó por último.

-Oh dios mío papá, es la primera vez que te veo imponerte- exclamé.

No cabe duda de que el hambre te cambia por completo, hace que veas a tu familia como enemigos, personas indiferentes que se comen unas a otras cuando deberíamos estar más unidos que nunca.

-Ya basta Norah

-¿Y por qué ahora quieres comportarte como el hombre de la acsa?

-Norah....-comenzó mi madre con severidad al escuchar aquella falta de respeto.

-¿Sabeis que? Yo también tengo hambre y no me voy a quedar aquí de brazos cruzados- dije caminando hacia la puerta para salir de aquella casa.

Salí del edificio y caminé por la acera, el frío hacía que no parara de tiritar, caminaba mirando a un lado y a otro mientras las personas con la

misma apariencia que yo, o incluso peor, pasaban por mi lado haciendo que ya no me sintiera mal por mi apariencia.

Seguía caminando cuando solté un gran suspiro y me senté en la esquina de una de las aceras, me estaba muriendo de hambre. No sé si fue el destino pero al girar mi cabeza hacia la izquierda mis ojos se cruzaron con un hombre mayor tirado boca abajo, me levanté de la acera y crucé la calle hasta el cuerpo del hombre. Una vez allí me acerqué a él sigilosamente. Tenía el brazalete en su brazo. Judío tenía que ser.

-Señor...-susurré pateando su pierna levemente, esperando a que despertara.

Me puse de cuclillas y llevé mis dedos a su cuello que aún no estaba frío del todo. Estaba muerto. Con todas mis fuerzas lo giré boca arriba, tenía los ojos abiertos y alrededor de su boca sangre. En el pecho de su camisa blanca cuatro orificios de bala y sangre fresca. Miré hacia atrás para asegurarme de que nadie me estaba viendo, me agaché a su lado y comencé a revisar los bolsillos de su chaqueta, saqué una cartera de la que cogí el dinero que había.

Me levanté, le di la espalda al cuerpo y di unos pasos, cuando de pronto me detuve, giré de nuevo y le quité su chaqueta para ponerme la, así mismo cogí el reloj dorado que adornaba su muñeca.

-Gracias señor, descanse en paz- le dije y por último llevé la palma de mi mano a sus ojos para cerrarlos. Lo miré con compasión y salí del callejón donde estaba.

Caminaba aún con alguna lágrima en los ojos, lamentándome por lo que había hecho. Con el dinero que robé compré unas porciones de pan. Caminaba a casa mientras comía un poco, siempre pensando en dejarle algo para los demás que estaban tan muertos de hambre como yo.

Cuando ya estaba a punto de llegar una silueta se paró delante mía. Era aquel alemán que me había salvado ya dos veces, el hombre de grandes ojos verdes. Pensé en esquivarlo pero me detuvo. Me miraba serio.

-Señor...- dije con voz fuerte y segura de mi misma.

-¿Me recuerdas judía?-preguntó con severidad caminando alrededor mía. De pronto sonrió con malicia al pararse frente a mí.

-Si- contesté.

-¿Qué tienes ahí?- preguntó.

-Pan

-¿Y con que dinero lo has comprado? ¿Lo robaste?- preguntó serio

-No, yo no soy una ladrona-dije rotunda.

-Cuida tu tono- dijo entre dientes con la mandíbula apretada.

-Le estoy diciendo que no lo robé, lo compré ¿puede dejarme ir por favor?- contesté dócil.

-¿De quien es la chaqueta?- preguntó.

-¡Se lo quité a un muerto!- dije de nuvo en voz alta, casi gritándole.

-¿Y dices que no eres una ladrona?- dijo soltando una carcajada falsa.

-Tenía hambre

-¿Qué más le quitaste?- preguntó.

Yo seguí mirándolo a los ojos desafiante, sin contestar, de pronto me arrebató la bolsa de pan y buscó en los bolsillos de la chaqueta, encontrando el reloj. Lo levantó frente a mi.

-¿Estás loca? Si hubiera sido otro el que se cruza en tu camino ahora mismo estarías muerta

-Hay momentos en los que no deso otra cosa- susurré.

-Ya puedes irte

-¿Y mi reloj?- reclamé en voz alta.

-No es tu reloj- me gritó mientras yo me enfadaba más.

-¡Tampoco es tuyo!- contesté.

- Si alguien más ve que tienes esto va a castigarte a ti y a toda tu familia ¿quieres eso?- preguntó mientras su aliento a menta golpeaba mi rostro.

-No- respondí.

-Vete ya antes de que me arrepienta de mantenerte con vida judía iy no vuelvas a hacer algo as!- sentenció, me entregó a bolsa de pan y me dejó el camino libre para seguir caminando.



## Capítulo 11

Tenía veinte años ya y aún no recorda cuando empezó todo esto, gracias a la guerra tuve que madurar demasiado rápido y me gané un carácter demasiado arisco. La verdad es que en el fondo quería volver a ser esa chica alegre de quince años, contenta con su vida. Pero la realidad era que de aquella niña solo quedaban sus ruinas.

Pesimista rogaba a Yahvé para que el sol nunca más volviera a salir, mirando con impotencia las matanzas que día a día sucedían delante mía.

-Esto no es nada- oía decir a un soldado mientras azotaba a una chica.

¿Podía haber algo peor, algo más cruel? Los soldados bajo el mando de Hitler eran solo sus perros falderos, besaban el suelo que pisaba.

Estábamos recogiendo las pocas cosas que aún teníamos porque según ellos nos iban a trasladar a otro distrito judío, pero no estaba muy segura y tenía miedo de nuevo. Ese sentimiento opacaba otra vez mi pecho y mi estómago, sentía como se apretaran fuerte contra ellos dejándome sin aire. Mis rodillas me temblaban y sentía un nudo en la garganta. Algo aún peor estaba por venir y ninguno de nosotros lo sabíamos todavía.

## Capítulo 12

Los de la SS profanaron nuestras vidas de nuevo. Con una patada tiraron la puerta y entraron, era Wilm, el mismo que había matado a Geraldine. Al lado de este estaba otro sujeto al que no reconocí.

-Nos escoltarán hasta la estación de trnes como a las personas ricas- le dije con ironía mirandolo a los ojos

-¿Te gusta mucho provocar a tus superiores verdad judía?- yo solo lo encaré y le sonreí falsamente.

El hombre que mató a Geraldine se acercó a mi y entrecerró los ojos.

-Yo a ti te he visto antes- aseguró haciendo un ademán con el dedo índice, yo seguí mirándolo y él levantó ambas cejas en respuesta.

-Si- contesté cambiando el tono de mi voz.

-¿Dónde?- preguntó.

-Mataste a mi amiga- contesté,

-iOh! No lo sé, mato a judíos todos los días- dijo con risas y siguió.

Yo lo miré con odio y él de nuevo posó su mirada en mi.

-Deja de mirarme o te voy a quitar esa mirada de estúpida que tienes- amenazó tomandome del mentón y tirando de él hacia la izquierda.

Un mar de cabezas. Así es como se veían todos los judíos caminando de aquí para allá con su equipaje en la mano, esperando en la estación frente a las vías del tren.

-iCalma por favor!- gritó el hombre encargado de la estación.

- Mamá algo no va bien- susurró Max.

-¿De qué hablas?- preguntó mi madre.

- No quiero subir.

Yo lo escuchaba detrás de ellos con Vannia a mi lado.

-Algo no está bien- repitió Vania como si no hubiera escuchado a Max.

-Lo sé- contesté yo.

-No subiremos- afirmó Vannia segura de si misma, como si me hubiera leído la mente.

Había voces y gritos por toda la estación pero lo único que podía escuchar era mi respiración y mi corazón latiendo rápidamente como si estuvieran fuera de control. Cuando el tren se hizo escuchar desde lejos resonando y rechinando en mis tímpano la gente comenzó a acercarse más a la vías.

- ¡Son vagones para animales!- grité sorprendida.

-Norah cállate y camina- dijo mi madre caminando hacia el vagón.

-Fracis no voy a subir, van a matarnos- dijo mi abuela y dio media vuelta en contra del tren.

-¡Edna mi amor, por favor no lo hagas más difícil, sube al tren!

-¡No!- gritó y trató de marcharse cuando comenzó la bulla entre los judíos.

-¡Norah!- gritó mi madre distrayéndome de aquel suceso, me giré para mirarla y ya estaba subida al tren junto a Max y mi padre.

-No voy a subir mamá.

Mi madre me miró sorprendida, miró a los soldados distrídos y sus ojos comenzaron a cristalizarse, de algún modo las dos sabíamos que esa era la última vez que nos veríamos, mis ojos comenzaron a llorar, me sonrió, miré a mi padre que también lloraba, me sonrió y asintió con la cabeza. Me giré de nuevo para no ver más esa escena.

-¡No voy a subir Fracis! ¡vámonos de aquí! ¡van a matarnos!- gritó mi abuela desesperada.

De repente un balazo en el aire se hizo presente. Todos nosotros nos quedamos en silencio.

-¡¿Que coño pasa aquí!?- gritó un uniformado con arma en mano, caminé hacia mi abuela.

- Quieren matarnos, no voy a subir al tren- dijo mi abuela

-Vamos abuela sube al tren- le susurré, ella se giró para mirarme.

-Norah no te olvides de buscar a tu ángel-sentenció entre sollozos.

Yo asentí con la cabeza, besó mi frente y yo la de ella. Miré a mi abuela y besé su mejilla. Vannia me agarró del brazo y me alejó de ahí.

-Corre- me susurró.

-¿Qué?- pregunté confundida. Al instante tiró de mi y corrimos todo lo que nuestras piernas nos permitían.

-Suficiente- gritó el soldado frente a mi abuela. Me paré en seco

-Podrán matar nuestros cuerpos pero nuestro espíritu seguirá vivo para siempre- sollozó la abuela

Cuando resonó un disparo di un salto de horror, la sangre ya estaba presente en su pecho, la miré caer lentamente al suelo. Intenté regresar donde estaba.

-¡No!- grité ya afónica. Vannia me tapó la boca agarrandome con fuerza para que no fuera corriendo junto a ella. Mi abuelo se arrodilló frente a ella sosteniendo su cabeza en su regazo. Logré quitarme a Vannia de encima.

Aún consciente mi abuela cogió la mano de mi abuelo y le dijo:

-Francis, te amo.

-Edna no podré vivir sin ti- mi abuelo destrozado con los ojos húmedos la miraba lleno de dolor.

-Recuerda... siempre y para siempre- dijo con un último suspiro.

Seguía llorando con la mano de Vannia en la boca, entre mi desconsuelo ella se giró para mirarme.

-Vamos sé que duele pero tenemos que irnos- dijo llorando.

-Se escapan- gritó un soldado tras nosotras.

Cuando comenzaron los disparos tratamos de esquivarlos cubriendonos la cabeza. Vannia corría por su lado y yo por el mío. Un bala logró alcanzar mi rodilla, caí entre los escombros de alguna casa lastimándome aún más. Vannia me ayudó a levantarme y cuando los disparos dejaron de escucharse caminamos con dificultad hasta un edificio en ruinas.

## Capítulo 13

Los escombros olían a tierra mojada. Caminamos hasta la puerta destrozada, pude suponer que sea un restaurante. Vannia me encaminó hasta sentarme en el suelo, me miró y sonrió.

-Lo hicimos- dijo jadeante.

Cuando quiso levantarse soltó un quejido de dolor, posando sus manos en el estómago de donde salía sangre.

-Vannia- dije entre gemidos de dolor

-No es nada- replicó y se sentó a mi lado.

Las gotas de sudor saladas recorrían mi frente hasta acabar en la comisura de mis labios. Mi pecho subía y bajaba con cierta rapidez, poco a poco fue haciéndose normal.

Estaba herida en una rodilla, la bala no estaba incrustada pero dolía demasiado como para ser solo un rasguño.

Vannia se acercó a mi y rasgó su falda envolviendo mi rodilla con ella, haciendo así un torniquete improvisado.

-¿Qué haremos ahora?- pregunté con un hilo de voz.

-No lo sé-suspiró ella.

-No podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

-Lo sé- soltó un gesto de disgusto.

Había perdido a mi familia en un segundo y ni siquiera tuve tiempo para llorarles. Mi abuela había muerto y seguramente mi abuelo también moriría. Dejé que mi madre, mi padre y mi hermano se subieran a ese tren sin saber ni siquiera a donde los llevarían.

El dolor de mi rodilla era horrible e insoportable, la herida era profunda y no dejaba de sangrar, cada vez que la miraba un mareo se apoderaba de mi. Dolía muchísimo, un dolor que no podía explicar pero traté de no gritar para no ser descubiertas. En ese momento me giré para mirar a Vannia, estaba dormida tranquilamente como si ninguna preocupación opacara su sueño.

Las noches eran frías, podía escuchar los disparos muy cerca mientras que yo seguía rogándole a Yahvé que no se acercara. Vidrios rotos, disparos

aire y muros de cemento decoraban el escenario.

Se comenzaron a escuchar fuertes y firmes pasos acercándose a nosotras, seguidos de disparos contra muro de cemento débil se comenzaron a escuchar gritos en alemán.

De repente Vannia abrió los ojos bruscamente, se levantó con dificultad y se sentó a mi lado. Me abrazó llevándose su brazo a mi hombro, mi rodilla herida estaba estirada, estaba perdiendo mucha sangre. Los pasos se acercaban más y más y mientras que la palma de la mano de Vannia se apretaba más el hombro su respiración resonaba contra mi oído.

Podía escucharlos aún más cerca, mi respiración se comenzaba a acelerar junto con la de Vannia, las botas de militar se asomaron por la entrada de la cocina, subí la mirada con temor. Solté el último soplo de temor que tenía y después lo vi, di un grito sordo y mis ojos se cristalizaron. De alguna manera mi respiración se calmó, conocía a ese sujeto parado frente a mi, hubo un silencio incómodo, los ojos verdes me miraban fijamente bajaron hasta mi rodilla y miraron a Vannia. El soldado murmuró algo con el ceño fruncido y miró hacia el exterior de la cocina. Mientras yo miraba con odio su dedo índice indicándonos que estuvieramos en silencio. Gritó algo y supuse que se amrcharon.

-Buscad otro lugar donde esconderos, mañana no quiero veros aquí- asentí levemente antes de que se marchara.

Sentí el largo suspiro que soltó Vannia contra mi oído y entre sollozos se alejó de mi hasta la otra esquina de la cocina en ruinas. Me miró asombrada.

-Estamos vivas, no nos delató- exclamó.

Le debía la vida y eso en realidad me irritaba y me hacía odiarlo más. Aún así confiaba en él y pero tampoco creía que lo hacía por algo bueno.

Recordé las palabras que resonaban todo el tiempo en mi cabeza, quería salvarme la vida para después él mismo quitármela.

Era un estúpido egoísta, apreté los puños con las uñas enterradas en la palma de mi mano. Tragué saliva y limpié mis lágrimas.

-Tenemos que irnos ya oíste al soldado- dijo Vannia con un hilo de voz.

-No puedo caminar- dije tratando de desatar el torniquete de la rodilla.

-¿Crees que a mi no?-reclamó.

-Esperemos solo hasta mañana, mañana nos iremos- dije entre quejidos.

-Pero.... si algo pasa quiero decirte que te quiero- carraspeó y tosió leve.

Yo la miré con detenimiento, tratando de descifrar el "te quiero" que acababa de decirme.

-Te estás despidiendo- afirmé molesta.

-Si

-No hagas eso ¿iPor que lo haces?!- exclamé entre lágrimas de nuevo.

- Es solo por si me pasa algo.

-No te va a pasar nada, estaremos juntas- aseguré.

-No creo que pueda aguantar mucho más con una bala metida en mi estómago- dijo comenzando a respirar con dificultad. Giré su cabeza hacia arriba y luego me miró con los ojos cristalizados.

-Lo harás- volví a asegurar.

-Norah tienes que prometerme que aunque yo no esté contigo seguirás fuerte, que huirás de todo esto.

-Estoy cansada de prometer cosas que no se si podré cumplir- grité frustrada.

-iLo harás!- gritó con la poca fuerza que logró sacar.

-Sh está bien, te lo prometo- exclamé.

-Te quiero Norah- dijo Vannia sonriendo.

-Te quiero Vannia- le contesté con la misma expresión.

## Capítulo 14

El sueño se había apoderado de mi y me permitió dormir profundamente. Por un momento creí estar en mi cama, con las sábanas cálidas y blancas envueltas en mi frío cuerpo, con la cabeza apoyada en una blanca almohada. Me levanté frente al espejo de mi habitación y al mirarme en él aprecié mi rostro limpio, mis ojos claros adornados con gruesas pestañas y mi precioso pelo caer por mis hombros.

Pero era tan solo un sueño y al abrir los ojos me di cuenta de ello. Estaba en el mismo lugar frío y húmedo del día anterior. Mis labios estaban secos y rotos, llevabamos tres días ahí refugiadas y me sentía fatal. Podía asegurar que mi temperatura era alta, ya que el sudor que tenía en la frente era frío. La rodilla ya ni me dolía, había momentos en los que si sentía unleve cosquilleo pero volvía a no sentir nada en apenas unos segundos. Me incliné para mirarla y el torniquete de tela ya no estaba enrollado en ella. Cuando me di cuenta de la rodilla salía un flujo amarillento y asqueroso. Abrí bien los ojos asustada al ver un pequeño gusano que habitaba en mi herida. Se estaba pudriendo.

Mi estómago se revolvió, giré mi cabeza y el vómito viscoso y transparente salió de mi boca hasta caer en el suelo. Los disparos comenzaron a sonar de nuevo, miré a Vannia que aún dormía.

-¡Vannia!- exclamé en susurros desde donde yo estaba.

Al no despertar me arrastré hasta llegar a ella, al sacudí mientras los disparos seguían de fondo. La miré con detenimiento, parecía como si estuviera dormida tranquilamente, sin expresión de dolor ni preocupación.

-No...-murmuré asustada negando lo que era evidente. La sacudí más fuerte pero ella parecía una muñeca hecha de tela.

Entre sollozos la separé de mi y la apoyé en la pared. La miré po última vez y tras besar sus manos me arrastré hasta donde estaba antes, cogí el pedazo de tela y hice de nuevo el torniquete. Apoyé las manos en un viejo mueble y con toda la fuerza que le quedaba a mi cuerpo me levanté. Grité de dolor y caminé cojeando hasta la puerta. Los disparos habían parado, heché una mirada para ambos lados y salí cojando lo más rápido que pude hasta un edificio cercano. Caminé hasta las escaleras de uno de ellos y me senté con dificultad, con bastante dolor.

-Judía- exclamó una mujer que descendía las escaleras.

-No- murmuré-

-¡Si!- gritó mientras miraba el brazalete de mi brazo con expresión de asco y desprecio. Me levanté de las escaleras dirigiendome a la puerta de entrada.

-¡Cierra la boca!- le pedí.

-¡Una judía!- seguía gritando sin parar cuando me agarró del brazo para no dejarme escapar.

Lo siguiente que hice fue empujarla para que cayera al suelo y me soltara. Sali de ahí con todo el dolor de mi rodilla hasta dos calles más adelante. Paré sin poder más y mi cuerpo chocó contra el suelo tratando de recuperar el aire. Miré a mi izquierda y una mujer mayor me miraba desde cierta distancia. Me miraba de una forma diferente, con compasión, puedo decir que con lástima. Sus ojos se encontraron con los míos, llevaba puesto un vestido de colores pálidos, un sombrero con una bonita flor y el pelo suelto sobre sus hombros. De alguna manera me recordó a mi abuela, no traté de huir ya que ella solo estaba ahí parada sin decir nada, pensé que a lo mejor solo estaba alucinando. Me convencí de eso ya que tenía una rodilla que estaba pudriendose y mi temperatura era más alta que antes. La mujer seguía mirandome hasta que comenzó a caminar hacia mi. Me levanté con cansancio y dolor y le di la espalda tratando de huir cojeando unos cuantos pasos y tratando de hacelo lo más rápido posible.

-¡Espera, no voy a hacerte daño!- gritó la mujer mayor.

Seguí caminando y cojeando hasta que no pude más, tenía los ojos entreabiertos, a punto de cerrarse. Cuando perdí el equilibrio y caí sobre la rodilla de nuevo sentí ese dolor extremo. Sentí que me mutilaban la pierna entera, mi respiración se estaba apagando, cada vez la sentía más lenta y esos pequeños gusanos sentía como se retorcían en mi rodilla. La mujer se acercó a mi y pude ver su rostro que me miraba aterrado.

-Muchacha...

-Aléjese de mi... no me toque- interrumpí ya en mi agonía

La mujer me miró con piedad y frunció el ceño.

-¿Pero qué dices?

-Soy judía- sentenció-

-Por dios mujer no sabes lo que dices, te estás muriendo.

-¡Váyase! Déjeme en paz- exclamé.

Me miraba preocupada como solía hacerlo mi madre cuando algo malo ocurría, conmovida la mujer agarró mi cuello. Yo volví a pedirle una vez más que me dejara en paz. Cuando sin más preámbulo ya no la miré más. Mis ojos se habían cerrados y en ese momento creí que los había cerrado para siempre.

## Capítulo 15

Estaba sola en una habitación blanca sin ventanas ni puertas, mi ropa y mi apariencia habían cambiado por completo. Estaba impecable e irreconocible. Los moratones, cicatrices y dolores de todo mi cuerpo habían desaparecido. Tenía un vestido blanco puesto y mi piel pálida volvía a estar tersa y limpia. Mi ceño fruncido se dio a notar al mirar mi rodilla limpia y sana. No tenía ni idea de donde estaba.

-Ha dormido dos días enteros...

En ese momento abrí despacio los ojos y una mujer con el pelo color plata me ponía un paño de agua fría en la frente. Volví a sentirme del mismo modo, cansada, con las extremidades adoloridas, excepto en la rodilla herida donde no sentía ni dolor ni molestia es como si se hubiera evaporado.

-¿Dónde estoy?- pregunté delirante.

El frío se apoderaba de mi mandíbula haciendo que esta comenzara a temblar

-Shh duerme- exclamó la mujer posando su mano en mi boca.

Sentía el sudor frío correr por mi frente y mi piel erizarse por el aire frío que golpeaba mi cuerpo. No pude decir nada ya que en realidad no sabía si esa mujer era real o fruto de mi delirio, cerré los ojos de nuevo.

Estaba cansada de dormir y no soñar, era cerrar los ojos y no poder olvidarme ni un segundo de lo que sucedía a mi alrededor. Estaba tan cansada de estar en continuo sufrimiento.

Abrí los ojos lentamente y con dificultad. La cabeza me pesaba y no paraba de darme vueltas. Miré mi cuerpo adormilado, este estaba reposando en una cama blanda cubierto con sábanas realmente suaves. Con debilidad me incliné sobre la cama para quedar sentada, quité las sábanas que cubrían mis piernas, las marcas leves que había en ellas habían desaparecido y mi rodilla estaba vendada. Comencé a quitar las vendas de esta, mi rodilla estaba curada, ni sangre ni pus salían a de ella. Miré a mi alrededor, por un momento creí estar en un hospital, pero aquel lugar no se parecía en nada a uno. De repente la puerta del lado derecho de la cama se abrió. Era aquella mujer de pelo color plata que me miraba aquel día. La miré con expresión sorprendida y confundida.

-Uste...

-¡Pero bueno! Te has quitado la venda de la herida muchacha- exclamó exaltada.

-¿Quién es usted?- pregunté con los ojos entrecerrados. Levantó la mirada.

-Tesisia.

La miré con detenimiento, se precató de mi confusión, sonrió, miró al suelo y después a mí.

-No la conozco.

-Yo creo que deberías estar agradecida.

-¿Debería?- pregunté levantando las cejas.

-Pudiste haber muerto, la infección en tu rodilla era bastante fuerte. Pudiste incluso perderla, gracias a Dios eso no pasó.

-¿Dios? ¿Sabe cuanto he pasado solo por creer en Dios?

-Puedo imaginarlo- dijo la mujer.

-No es ni la mitad de lo que usted se puede imaginar.

-Bueno ya tendrás tiempo de contármelo.

-¿Por qué hace esto?

-No podía dejarte ahí tirada como si fueras un perro. Además pareces una muchacha muy frágil, muy guapa y...

-Y judía...-interrumpí-

-Eso no importa.

-¿Cómo sé si sus intenciones son buenas?

-¿Por qué crees que no es así?- preguntó ofendida.

-A lo mejor solo quiere darme confianza para después entregarme a los alemanes.

-Tus argumentos son estúpidos pero entendibles. Te esconderé aquí en mi casa, si así lo quieres, pero no te esconderé como una cautiva en mi

sótano- dijo sonriendo.

-¿Entonces como?

-Como una invitada. Esta será tu habitación, en el armario hay ropa, tendrás zapatos limpios y comerías tres veces al día.

-No entiendo tanta bondad

-Pues mira ah...¿ cómo te llamas?-preguntó.

-Norah- contesté.

-Norah quiero hacerlo. Por favor déjame ayudarte- me pidió.

-¿A cambio de que?

-Absolutamente nada ¿ por que crees que todo es a cambio ed algo en esta vida?- dijo sonriente

-Nada es gratis en esta vida- dije.

-Lo mío si ¿ vas a dejar que te ayude?

Yo tenía la mirada hacia abajo y asentí. Estiró uno de sus brazos hacia mi, yo lo acepté y me levanté de la cama con su ayuda.

Podía caminar cojeando sola hasta donde ella estaba, juntas pasamos el gran pasilla que llevaba hasta una puerta blanca de madera. Al abrirla vi ante mi el baño más lujoso que jamás había visto, las paredes celestes brillaban y una bañera gigante llena ya de agua caliente.

-Entra y báñate- dijo la mujer desde dentro, caminé hasta donde ella estaba.

-¿Perdón?

-Que te des una ducha muchacha.

Tras eso salió del baño, tardó unos segundo en volver con ropa en las manos, la cual dejo sobre el inodoro.

-Señora ¿ como me trajo hasta su casa?- pregunté y ella sonrió.

- Es por eso por lo que quiero que te des prisa- tras decir eso salió de allí cerrando la puerta.

Aquello era realmente increíble pero confuso al mismo tiempo. Dejé caer mi vestido al suelo y mi cuerpo se estremeció al estar desnudo. Me senté en la esquina de la bañera, metí primero un pie, después el otro y al final todo mi cuerpo. Este volvió a estremecerse con el contacto del agua caliente. Había olvidado lo que era darse un baño. Al rato salí de la bañera y rápidamente me enrollé en la toalla, me miré en el espejo después de casi un año sin hacerlo. Antes solía mirarme en el reflejo de las cucharas que teníamos en casa pero nada era como mirarse otra vez en el espejo. Había ignorado toda mi vida el color pálido que tenía mi piel, las largas y gruesas pestañas que adornaban mis claros ojos y ahora era cuando me daba cuenta de lo mucho que los extrañaba. Después de vestirme salí de allí dirigiendome de nuevo a la habitación donde desperté hace un rato, cuando abrí la puerta allí estaba Tessia.

-Pasa y siéntate- dijo señalando la cama, yo caminé hasta ella y me senté a su lado.

Enseguida la puerta de la habitación resonó con dos golpes leves y Tessia dio permiso para pasar a la persona del otro lado.

La puerta se abrió y las botas de soldado se hicieron presentes, subí la mirada hasta su uniforme y luego a su rostro serio. Mis ojos se abrieron como platos al cruzarse con los de él.

-Kurt ella es Norah Von Drachenberg- el hombre estiró la mano para saludar.

-Mucho gusto señorita, por fin se su nombre- hice una mueca con la cara al escucharlo. Rechacé su mano y giré la cabeza. Él casi con fuerza me tomó la mano y la besó, lo miré con una mueca de desagrado, la quité bruscamente y él soltó una estúpida sonrisa de medio lado burlándose de mi.

-Tranquilízate muchacha el teniente no es mala persona.

Yo solo podía escuchar mi respiración, le tenía miedo.

-Es un nazi por lo tanto es malo para mi

-Fue él quien te trajo inconsciente hasta aquí- me susurró mientras él me miraba.

Tessia le ordenó que me cambiara el vendaje aunque yo no lo veía muy claro.

Cuando la puerta se cerró y nos quedamos los dos solos fue acercándose

poco a poco a mi.

-Sabe...se me está volviendo costumbre esto de salvarle la vida señorita- dijo arrogante mientras sonría.

-Se lo dije antes y se lo digo ahora, yo no se lo he pedido- contesté arisca

- Es usted una malagradecida- exclamó.

-No se puede ser una malagradecida si los favores se hacen con malas intenciones.

-¿Como sabe que son con malas intenciones?

-¿No lo son?- pregunté arqueando una ceja sonriendo

-Bueno... yo...

-Creo que está tratando de salvarme para compensar todos los judíos que ha matado., pero déjeme decirle que conmigo no compensará nada- le dije mientras lo miraba con odio.

-Yo no soy como todos- dijo bajando la mirada.

-Me trata mal y de repente bien. No puedo creer que sea tan falso y cínico- sentencié mientras mis manos sudaban.

-Y yo no puedo creer que detrás de esa belleza haya una persona tan fría- sueltó provocando que mis mejillas se pusieran rojas.

-¿ Belleza?- dije confundida, él sonrió y se acercó a mi.

-Sientese, le voy a poner la venda- dijo cogiendo las vendas de la cama.

Me senté con la pierna estirada. Posó sus manos en mi pierna y la acomodó en su regazo. Comenzó a enrollar las vendas en mi rodilla mientras yo no paraba de mover la otra.

-iAh, me duele!- me quejé soltándole un manotazo.

-iTal vez si dejara de moverse no le dolería!- gritó poniendo los ojos en blanco.

-Ahg- refunfuñé.

-Y por favor no vuelva a golpearme señorita- dijo con severidad.

-¡Que gracioso!- reí sin ganas con una mueca de dolor en la cara.

-¿Qué es gracioso?

-De pronto comienza a decirme señorita ¿ ya no soy la judía miserable?

-¿Que edad tiene?- preguntó evadiendo mi pregunta y sin quitar sus manos de mi rodilla.

-Soy muy joven para usted- contesté con sarcasmo.

-Es solo una pregunta sin importancia

-Si es una pregunta sin importancia entonces da igual si respondo o no.

-Por favor, su edad.

-Veinte- contesté y él sonrió. Sin decir nada más su rostro se puso serio de nuevo cuando terminó, quitó mi pierna de su regazo y la acomodó en la cama para después salir de la habitación sin ni siquiera despedirse.

## Capítulo 16

Estaba de nuevo parada frente al espejo apreciando mi rostro, no quería parecer egocéntrica pero en mi situación no sabía cuando sería la última vez que podría hacerlo, así que aprovechaba cada día que pasaba allí para hacerlo. Hoy estaba en una maravillosa casa de tres plantas pero mañana podría estar de nuevo rodeada de miseria. No confiaba en nadie, ni siquiera en mi propia sombra porque esta siempre te abandona cuando cae la oscuridad.

La puerta de mi habitación se abrió para dejar paso a aquella chica de ojos verdes que había visto ya antes en esa casa.

-¿Por qué te miras tanto en el espejo? Eres preciosa ya lo sabemos- preguntó con risas.

-¿Cómo me dijiste que te llamabas?- le pregunté.

-No te lo he dicho, soy Fela Jakov- contestó ella con una sonrisa mientras me cepillaba el pelo.

-¿Eres familiar de la señora Tessia?

-Acogida, como tú.

-Judía entonces- aseguré.

-Gitana.

Me miré una última vez en el espejo y cuando ella terminó salí detrás suya de la habitación. Bajé con dificultad las grandes escaleras agarrándome a la barandilla de madera. Al llegar al comedor vi como Tessia ya estaba sentada a la mesa, encabezandola.

-Siéntante vamos a almorzar- dijo señalando una silla a su lado, yo sin decir nada caminé hasta donde me había indicado y me senté.

Fela hizo lo mismo después de que Tessia la llamó para comenzar a comer. Me quedé mirando en silencio el plato que tenía delante. Su aroma golpeaba mi nariz con fuerza y mi boca se hizo agua. Era Rosol kurczaka, caldo de pollo con verduras. La especialidad de mi madre.

-¿No te gusta el pollo?- preguntó la señora al ver que no comía.

-Si, es solo que sigo sin entender todo esto.

-¿Entender el qué?- dijo con una sonrisa.

Bajé la mirada, no podía mirarla a los ojos. Ella subió mi mentón al instante.

-Nunca bajes la mirada- dijo de nuevo guiñándome un ojo. Yo asentí, tomé la cuchara y comencé a comer. Sentí como si estuviera en la gloria y sin darme cuenta comencé a comer más rápido de lo debido.

-Norah sé que tienes hambre pero si comes más despacio te cabrá mas en el estómago- dijo Fela con risas.

Mis mejillas se pusieron rojas al instante de vergüenza y paré de comer.

-Lo siento- dije.

-Y bien ¿ ya has conocido a Fela?- dijo Tessia limpiandose la boca con la servilleta.

-Si- asentí mirandola con media sonrisa.

-¿Y ya le dijiste por qué estás aquí Fela?- Fela la miró y luego a mi.

-La mitad de mi familia está muerta- dijo carraspeando su garganta.

-¿Y por qué tu estás viva?- pregunté.

-Tessi me encontró escondida en el sótano de una familia cristiana que nos ayudó a escondernos. Los mataron al descubrirlos. A mi también me creyeron muerta y me dejaron allí malherida pero gracias al destino mi ángel apareció allí- dijo agarrando la mano de Tessia.

-Vi a soldados nazis salir de la casa de esa familia y cuando se alejaron entré en su sotano. Allí estaban su madre y su hermana muertas pero ella aún respiraba- ambas se miraban con una sonrisa.

-¿Tu nunca sonríes, muchacha?- preguntó Tessia y yo bajé la mirada unos segundos para volver a subirla después.

-Supongo que hubo un tiempo en el que si lo hacía. Solía tener un motivo para hacerlo. Ahora no tengo ninguno.

-¿Cuando fue la última vez que sonreiste?

-No me acuerdo señora- contesté ya algo agobiada.

-¿sabes por qué no lo recuerdas? Porque nunca pensaste que esa podía

ser la última vez que lo hacías. Así que no le diste importancia.

-Con todo respeto señora...no lo aprecié porque no sabía que iba a estallar una guerra- contesté en voz baja.

-Nadie lo sabía.

-Lo que Tessia trata de decirte es que aprecies cada sonrisa porque puede ser la última- intervino Fela y yo la miré.

-No estoy en situación de pedir explicaciones pero quiero saber algo- volví a mirar a Tessia.

-Dime.

-Es sobre aquel soldado...

-Si...

-¿Cómo puede confiar en un nazi?

-Kurt es mucho más que un simple nazi- dijo Fela y yo la miré de nuevo.

-No lo veo diferente al resto- sentencié con una ceja levantada.

-Es un pobre chico que sigue sin tener otra opción las órdenes de su padre.

Las miré en silencio y de pronto la puerta se hizo sonar, Tessia se levantó y se dirigió a la ventana.

-Fela llévate a Norah a la cocina, rápido- murmuró, Fela asintió y se levantó de la mesa, me agarró de la muñeca y juntas nos fuimos a la cocina.

-¿Qué pasa?- pregunté mientras la seguía.

Ya allí y sin contestarme comenzó a abrir los armarios e hizo un movimiento dentro que provocó que se abriera una puerta secreta.

-Entra- dijo entrando ella primero, después entré yo y cerró.

El cuarto era bastante amplio y grande, las luces se encendieron y había una cama y un armario en medio.

-Cuando Tessia nos manda aquí es porque los alemanes están revisando

la casa- me explicó Fela.

-¿El soldado del que estábamos hablando está aquí?- le pregunté.

-Puede ser. Pero solo finge estar inspeccionando cuando viene acompañado- susurraba mientras se escuchaban voces de fondo.

- Muy bien señora Poniatowski siga así. No queremos que le pase algo por estar haciendo cosas que no debería ¿verdad?

-Conozco esa voz- dije de pronto.

-Ssh isilencio Norah!- susurró fela.

Tardamos unos minutos en volver a salir así que decidí sentarme en la cama a esperar, no quedaba otra.

## Capítulo 17

El silencio era tan profundo que podía escuchar perfectamente los latidos de mi corazón. Fela estaba apoyada en la puerta escuchando mientras yo seguía sentada en la pequeña cama del escondite.

-No escucho nada- susurró Feña con la cabeza pegada a la puerta.

- A lo mejor ya se han marchado ¿por qué no salimos?

-No podemos salir, es muy peligroso.

- ¿Entonces cómo sabemos cuando podemos salir de aquí?

-Tessia siempre viene cuando ya no hay peligro.

Suspiré ya cansada de estar allí metida. Me dejé caer en la cama y Fela se sentó a mi lado.

-Escucha, sé que crees que Kurt es malo pero la verdad es que igual de desgraciado que tu y yo- comenzó a decir.

-¿Por qué?- le pregunté.

-Lo único que sé es que Kurt fue obligado por su padre a formar parte de la SS, lo tiene amenazado con no volver a Alemania nunca más.

- Él era quien cuidaba mi edificio en el distrito judío.

-¿Ya os conocíaís?- preguntó confundida.

- Si, me salvó varias veces.

-¿Cuántas?

-No quiero hablar de eso Fela- le contesté seria.

Pasó tiempo sin dirigirme la palabra, cuando pronto la puerta se abrió y una silueta apareció tras ella.

-Ya pueden salir- dijo Tessia dándonos la espalda y quedándose frente a la estufa de la cocina. Salimos del cuarto secreto y fuimos de nuevo al comedor. Fruncí el ceño al verlo a él allí.

-¿Que hace él aquí?- pregunté confundida. Fela se encogió de hombros y

se sentó en una de las sillas, yo hice lo mismo a su lado.

Enseguida la señora Tessia salió de la cocina con cuatro tazas y una tetera humeante.

-Es hora del té- dijo sentándose enfrente a nosotras.

-Creí que estábamos en Polonia no en Inglaterra- bromeó Fela.

-Bueno los polacos también tomamos té- le sonrió Tessia.

-¿Los nazis también toman té?- pregunté con dureza dirigiendo mi mirada al soldado.

-Si también- contestó con una sonrisa. Yo le correspondí con una sonrisa falsa.

La señora Tessia puso la taza frente a mi y comenzó a servir el té, el humo llegaba hasta mi nariz.

- ¿Azúcar?- me preguntó el soldado ofreciendome la azucarera.

-No.

Cogí la cuchara y comencé a mover el té golpeando esta de un lado a otro.

-Dime Kurt ¿cómo está tu padre?- preguntó Tessia.

-No estoy seguro señora, desde que me he venido a Polonia apenas he sabido de él y a verdad es mejor así, no me interesa nada que tenga que ver con él.

Se me hizo un nudo en la garganta, las ganas de llorar y darle una bofetada me invadieron. No lo hice obviamente.

-¿Tessia puedo marcharme?

-¿Le molesta mi presencia señorita?- preguntó él haciendo que me detenera.

-La verdad es que sí- dije mientras me sentaba de nuevo.

-¿Puedo saber por qué?

-No- dije rotunda.

-¿No sabe decir otra cosa que no sea no?

-No- sonreí provocándolo.

-La verdad me gustaría saber por qué le molesta tanto mi presencia.

-Supongo que tiene una familia.

- Así es- contestó.

- Me parece de lo más rastrero expresarse así de un padre.

- Señorita...

- Sea como sea es su padre- lo interrumpí.

-Lo se pero...

-iNo, no sabe nada! ¿Quiere un consejo señor? Aprecie a su familia porque en un segundo puede perderla para siempre.

-Con todo respeto señorita, usted no sabe como es mi padre así que no hable de lo que no sabe.

-Usted tampoco conoce al mio.

-Disculpe pero no la entiendo señorita.

-Prefiero Norah o en su defecto judía como lo hacía antes.

-Norah- dijo sonriendo. Al escuchar como pronunciaba mi nombre las rodillas me temblaron y sentí un cosquilleo incómodo en el estómago.

-Nunca podré decirle a mi padre lo mucho que lo quiero.

-¿Dónde está?

-En manos de gente como usted o probablemente muerto- dije mientras la señora Tessia y Fela nos miraban en silencio.

-Lo siento mucho Norah.

-¿Qué hace un soldado de veintitantos años en...?

-No soy soldado-interrumpió.

-¿Militar?-dije sin importancia.

-Teniente- afirmó.

-¿No es muy joven para tener ese cargo?

-E inexperto- contestó con una sonrisa.

-Bueno pues, ¿ qué hace un teniente nazi ayudando a una gitana y a una judía?

-Si hubiera querido matarlas ya lo hubiera hecho. Pero no queiro- se encojió de hombros y dió otro sorbo al té.

-¿A nadie?

- A nadie.

-¿Entonces que hace una persona así usando ese traje?- pregunté.

-Sigo al sistema.

-No del todo- dije después de dar yo también otro sorbo.

- Es cierto y ahora yo tengo una pregunta para usted- dijo sacando un cigarro de su bolsillo y encendiendolo.

-Usted dirá.

-¿Como sabe que soy taan joven?- preguntó haciendo comillas con los dedos.

-¿Qué?- pregunté confundida.

- Que yo recuerde jamás le he dicho mi edad. Eso es que ha estado observándome.

Miré hacia Fela que negaba con la cabeza sonriendo.

-¿A donde quiere llegar con todo esto?

-A ningún lado señorita.

Se levantó y se puso la boina para después acercarse a Tessia.

-Tengo que irme- besós su mano, le sonrió a Fela y después a mi.

Al salir su sonrisa desapareció de nuevo y su figura se difuminó en la calle.

## Capítulo 18

Llevaba ya varias noches soñando con mi casa y en todos estaba mi tía Vannia, con su pelo rojo corto y ondulado, sus ojos verdes y sus labios perfectamente pintados de rojo. En este sueño se encontraba parada junto a la puerta de mi habitación,

-¿Vannia?-pregunté con lágrimas sentada en la esquina de mi cama.

-Hola- me dijo con su sonrisa perfecta.

-Tu estás muerta- dije limpiando mis lágrimas.

- Pero siempre estoy contigo, vamos no llores- se acercó a mi agarrando mi mano y limpiando mis lágrimas.

- Te hecho mucho de menos

-Yo también.

-Vannia viniste a decirme algo verdad.

-Si, tienes que estar preparada Norah. Vienen cosas peores.

-¿Que?

La escena desapareció al abrir mis ojos. Me quedé un rato mirando el techo, me levanté de la cama y me dirigí al baño para darme una ducha. Al terminar cogí uno de los vestidos del armario y me peiné dejando mi pelo suelto. Salí de la habitación ya arreglada. Me puse a preparar el desayuno mientras la señora Tessia volvía de hacer la compra, puse a calentar agua en una de las jarras mientras que Fela ponía la mesa. Los gritos y los disparos se escuchaban a través de la ventana pero era algo ya habitual.

De repente la puerta se abrió y Fela rápidamente se metió en la cocina. Tessia entró sola y entonces salimos a recibirla.

-Buenos días chicas

-Buenos días- dijimos al mismo tiempo.

-¿Ya está el desayuno?

Yo asentí. Cuando cerró la puerta sonó un fuerte golpe. Rapidamente fela y yo cogidas de la mano nos dirigimos a la cocina. Tessia se acomodó el vestido, suspiró y caminó para abrir la puerta. Del otro lado apareció un

soldado alemán.

-No hablo alemán- dijo Tessia con dureza.

-Buenos días- tradujo el uniformado entrando en la casa.

-Buenos días ¿quién es usted?- preguntó.

-Thomas Witzland de la SS

-Eso puedo verlo ¿a que ha venido?

-He venido por mi propia cuenta, dicen que ha escondido judíos por meses en su propiedad- decía mientras miraba toda la casa.

-Es mentira- afirmó Tessia

-¿A quien trata de engañar señora? Se perfectamente que esconde judíos en su casa- dijo el soldado agarrándola del brazo.

-¡Suelteme, ya le dije que es mentira!- gritó

-¿Espera a alguien para desayunar? ¿por que hay tres platos en la mesa?

-¡Ya le dije que no escondo a nadie!

-Entonces no le importará que revise la casa.

-¡Hágalo revise toda la casa si quiere!

De repente el señor soltó a Tessia e iba directo a las escaleras cuando del nerviosismo Fela hizo caer unas latas, las cuales escuchó el alemán.

-¡No! En la cocina no hay nada- gritó Fela

-¡Quítese!- gritó el soldado después de un fuerte golpe.

Logré abrir la puerta del escondite al mismo tiempo que la ed la cocina se abrió de una patada. Logré entrar pero Fela no. El alemán la agarró del pelo y la sacó al comedor. Fela gritaba de dolor mientras que yo seguía escondida. Me decidía salir y busqué entre las cosas de la cocina hasta encontrar un pequeño bate. Al salir al comedor el soldado estaba de espaldas a mi, Fela en el suelo y Tessia desmayada. Con todas mis fuerzas tomé aire y le di al soldado con el bate en la cabeza, este cayó inconsciente al suelo. Fela se levantó. Miré al hombre que sangraba por la cabeza. De pronto todo se detuvo. Había matado a un hombre.

## Capítulo 19

Me alejé del cuerpo que aún estaba tibio y me senté a su lado. Lo primero que había hecho Fela era llamar a Kurt y cuando este llegó Tessia ya se había despertado.

El soldado se acercó a Fela agarrando sus mejillas y preguntándole si estaba bien. Luego caminó hacia mi que mantenía la mirada fija en el suelo.

-Lo maté...- susurré mientras jugaba con mis manos.

Subí la mirada para enfrentarme a la suya. Tragó saliva y dio unos pasos acercándose al cadáver, posó sus dedos sobre el cuello y confirmó que efectivamente estaba muerto.

Comencé a llorar silenciosamente y a tocarme la cabeza con nerviosismo. Me alejé del cuerpo y corrí a los brazos de Tessia, como si ella fuera mi madre. Me perdí en sus brazos durante unos segundos mientras ella acariciaba mi pelo en silencio.

Kurt se levantó y se giró para mirarnos con los brazos cruzados.

-¿Que piensa hacer señorita?

-¿Que? Creí que usted iba a ayudarme.

-¿Y qué espera que haga? ¿Sacarlo en brazos como si nada hubiera pasado?

-¿Y qué sugiere que hagamos, enterrarlo en el jardín?

-No tenemos jardín- dijo Fela y yo sonreí levemente.

- Basta- advirtió Kurt serio.

La señora Tessia subió las escaleras rápidamente para buscar alguna ropa. Ella y Kurt comenzaron a desvestir al cuerpo sin vida y a ponerle la ropa normal que había traído Tessia. Tras eso Fela y yo nos fuimos a esconder a la cocina y Kurt en compañía de otro soldado se llevaron al cadáver haciéndolo pasar por una persona cualquiera.

Estaba sentada en la sala de estar tocandome la cicatriz de la rodilla mientras Fela limpiaba las manchas de sangre del suelo. De allí al rato Kurt volvió a entrar mirándonos con satisfacción en el rostro.

-No fue difícil hacerlo pasar por un ladrón.

-Muchas gracias muchacho ite debo muchas!- exclamó Tessia

-¿Usted?- le preguntó mirandome a mi.

-Gracias- le dije en voz baja.

-Lo siento pero no la escuché- dijo sonriente.

-Gracias- dije esta vez más alto.

-¿Sabe? Hay algo gracioso- caminó hasta quedar justo delante mia.

-¿El qué?

- Que me desprecie por, según usted, ser un asesino cuando aquí la única asesina es usted. Mató a uno de nuestros mejores hombres ¿sabe?

-¿Mejor en qué? ¿En ser un desgraciado? Además ¿que es lo que quiere ahora, hacerme sentir mal?

-¿Lo logré?

-No.

-¿Sabe cuanto dolor le causará a su familia?

-¿Y usted sabe cuanto dolor me causó a mi perder a la mia?

-Vuelvo a insistir, no diga que odia a los asesinos porque ahora usted es una de ellos.

-iNo quería hacerlo!- grité con lágrimas recorriendo mi rostro.

Escuché sus pasos acercarse a mi, lo miré de reojo y después de unos segundo sentí sus brazos rodear mi cuerpo. Quité las manos de mi cara y las acomodé en su pecho al igual que mi cabeza. Me abrazó y no sentí nada malo, ni odio, ni rabia si no todo lo contrario. Solo escuchaba el latido de su corazón y eso de alguna forma me relajaba.

## Capítulo 20